

EL CAMBIO



—¡Acabo de escupir! ¡Pobre de ti si vuelves a entretenerme en la calle!

Nunca escupía de verdad, solo de boquilla, pero el sentido de la amenaza era claro: debías haber regresado antes de que se secara la saliva.

Lo rápido que se secaba la saliva, lo decidía ella según las circunstancias, según su estado de ánimo. A veces se secaba en un santiamén; ibas y volvías volando, pero la saliva ya se había secado, y ella te estaba esperando en la puerta con el cinturón en la mano.

Otras veces, regresabas del recado al que te había mandado, y al ver la casa desde la esquina de la calle empezabas a temblar, algo se rompía dentro de ti, las rodillas se te aflojaban, en lugar de ir hacia adelante, tus pies iban de lado, hacia atrás, adelante, de lado, atrás... Te preguntabas lleno de indignación contigo mismo qué había hecho que te distrajeras tanto, qué diablillo había hecho que te detuvieras a mirar embobado a los niños que arrastraban aquella corneja de la pata, y si realmente valía la pena recibir una paliza por un entretenimiento que te había salido al paso, en el que ni siquiera habías participado y que, lo que aún era peor, ya pertenecía al pasado, mientras la hora del juicio, el momento de pagar la cuenta, se acercaba implacable con cada paso que dabas hacia la puerta.

Y, sin embargo, a menudo tus temores eran injustificados. Entrabas en la casa temblando como un condenado que va al paredón y, de pronto, por la expresión de su rostro, entendías que la saliva todavía no se había secado, y tu pecho se llenaba de alivio, y lleno de amor y gratitud, maravillado ante ese milagro, la mirabas, querías correr a besarla, tus remordimientos por haberte quedado mirando se esfumaban y, de repente, lamentabas no haberte quedado un poco más; incluso te atrevías a contarle que los niños de la calle de arriba habían atrapado una corneja y la arrastraban de la pata con una cuerda, y la pateaban como una pelota. Era como reconocer abiertamente que te habías entretenido, como si la desafiaras a que te mostrara sus cartas y, si tenía intención de pegarte, que lo hiciera de una vez por todas. Pero ella o no te prestaba atención, o te decía algo que no tenía que ver con la distracción y la corneja; te decía: «Deja la botella en la cocina, corre a casa de la señora Chrysí y dile que venga un momento, que quiero hablar con ella».

Incluso, alguna vez —pero esto era raro—, cuando estaba de buen humor, porque la noche anterior había venido el señor que le había comprado el diminuto gramófono en la feria, o aquel otro que siempre traía mejillones y caviar rojo, entonces se olvidaba incluso de escupir, y cuando regresabas del horno jadeando por el peso de la barra de pan que se te había caído tres veces en la calle, no solo no te regañaba, sino que te tomaba en sus brazos y te decía: «¡Ay, qué gusto tener un hijo tan crecídito ya que me hace los recados, mi buen niño, que cuando me haga vieja me sacará a tomar el sol!», y se reía de todo corazón.

¡Qué hermosa era la vida en esos días! El gramófono tocaba sin parar, y ella cantaba junto con él:

Al bailar el tango se estrechan
y se abrazan,
pero ella en cada vuelta
mira hacia la puerta...

Por las mañanas llegaba la señora Roxani desde Toumba a lavar la ropa, porque ella detestaba lavar, o a fregar el suelo, y dejaba la casa tan reluciente que daba gusto verla, o venía solo para hacerte compañía, a contarte cuentos, porque ella tenía que salir; primero iba al abogado para lo del divorcio, luego al dentista, y de ahí a comprar a la tienda de Modiano. Pero, si se quedaba en casa, por la tarde salía a la ventana y llamaba al vendedor de helados: «Señor Prodromos, deme dos helados de nata, pero que no quede vacío el cucurucho por dentro... ¿Qué es de usted, hombre de Dios, que hace tantos días que no se le ve el pelo?».

Compraba dos helados, uno para la señora Roxani y otro para ti. Ella no comía helado porque se estaba arreglando la dentadura, aunque a veces no podía resistirse al verte lamerlo y, mirándote, te decía: «¿No le vas a dar un poquito a tu mamá, que te lo ha comprado?». Y se tapaba la cara con las palmas de las manos y lloraba: «¡Ah, ah, ah!». Entonces corrías hacia ella con el cucurucho en alto, aunque sabías que lloraba de mentirijillas, orgulloso de poder hacer tú también algo por ella, pero, anda, confíesalo, observando con el alma en vilo cuánto mordía, porque a fin de cuentas el helado era tuyo, que comiera ella también, vale, pero no todo.

Las noches eran aún más hermosas cuando estaba de buenas. El lugar olía al perfume que llegaba del patio de la casa de enfrente, a jazmín y madreselva, y había algo festivo en el ambiente; era Primero de Mayo, te ponía tu babi floreado con el elástico en los pantalones y te enviaba a la calle a jugar todo lo que quisieras, pero que no se te ocurriera volver lleno de manchas. Luego sacaba las macetas a la puerta, la begonia, la hortensia y los dos ficus, las regaba y echaba dos o tres cubos de agua en la acera para refrescar el lugar, y después se sentaba en el escalón junto a las macetas, y se ponía a charlar con la señora Chrysí, o juntaba a las chicas y chicos mayores, los que estaban en tercero de Primaria, y les enseñaba a jugar a la berlina y a la calabacera: calabaza, calabaceja, háblame por la otra oreja, me han dicho que tienes una calabacera que da

diez calabazas... Una vez, incluso se puso a jugar a la cuerda para mostrar a las chicas cómo se saltaba, y no se salió del juego porque perdiera, sino porque le daba risa, y les dijo: «Dejadme tranquila, diablillos, que no estoy ya para estos trotes, ¡tengo un hijo grande!».

Pero había otros días, del todo invernales, llenos de nubes, en los que estaba de malas, fumaba como una chimenea, y se comía las uñas, y en días así, no solo no debías distraerte en la calle, sino que tampoco podías jugar en casa con el papel de los cigarrillos, ni decir esta boca es mía. Porque te decía: «¡Mucho cuidado con rechistar hoy porque te saco el pellejo a tiras!».

En esos días lo mejor era que no te mandara a hacer ningún recado, ya que sabías que, por rápido que volvieras, la saliva ya se había secado, y si no se había secado, habrías olvidado la sal. «¿Qué más te ha dicho tu mamá que compraras?», te preguntaba el tendero, pero por más que te estrujaras el cerebro, te era imposible recordarlo; o te distraías en la calle, olvidando por completo que hoy estaba de malas y te entretenías mirando a los niños que daban una moneda para ver el Panorama; o veían que apretabas algo en la palma de la mano, y te decían: «Anda, ven a pelear y te dejaré que me ganes», y te robaban el cambio sin que te dieras cuenta, y ella, en lugar de zurrar a los otros chicos, te zurraba a ti.

«¡Perdón, mamá!», gritabas entre sollozos, «¡perdóname, no lo volveré a hacer!», y tratabas de esconderte detrás de su falda, pero cuanto más la esquivabas y más llorabas, más rabiosa se ponía; no le gustaba que llorases ni que rogaras, quería que aceptaras el castigo como un hombre. «O te haces hombre y aprendes a no llorar», te decía furiosa y golpeando donde pillaba, «o te mato ahora mismo y termino de una vez con este martirio, para llorarte y olvidarte; bastantes cobardes como el mamarracho de tu padre hay ya en el mundo. Dime: ¿Te vas a hacer hombre? Di: “¡Me voy a hacer hombre!”». Dilo o no saldrás vivo de aquí, ¡hoy va a ser tu último día!». Y decías: «Sí, mamáita, me haré hombre. Y no volveré a entretenerme en la calle. ¡Y no volveré a quedarme embobado!

¡Ni dejaré que esos granujas me tomen por tonto y me roben el cambio! No, mamaíta, no...». «Anda, aléjate de mi vista antes de que me arrepienta, ve a lavarte esos morros, ¡y no quiero oírte rechistar! ¡Maldita la hora en que te traje al mundo...!».

En días como esos, el gramófono o no tocaba nada o tocaba siempre el mismo disco...

Pobreza, en este mundo eres
la que más hijos tienes...

Y ella salía por la noche sin avisar a la señora Roxani para que viniera a hacerte compañía, te metía en la cama y se iba, y regresaba tarde, no sabías a qué hora, muchas veces ni siquiera sabías que había salido, pero ya debías de estar en el tercer o cuarto sueño cuando oías voces muy lejanas, y abrías por un instante los ojos y veías a tu ángel de la guarda completamente desnudo, sin alas, delante de su cama, y después se apagaba la lámpara de petróleo, se extinguían las voces y la oscuridad se cernía cual manta pesada sobre tus ojos, y caías como un plomo en el quinto sueño...

¡Ay, madre! Han pasado —¿cuántos?— treinta años desde entonces, y aún no he aprendido la lección. Todavía no me he hecho hombre, aún me quedo embobado en la calle mirando a los niños, todavía los granujas me roban el cambio. Y este es tu mayor castigo. Y también el mío, pues no comprendí, cuando todavía estaba a tiempo, lo mucho que sufrías entonces, y quise vengarme de ti. Pero, ¡maldita sea!, ¿tenías que desahogarte conmigo? ¿Acaso no podías hacer la vista gorda cuando llegaba diez minutos tarde o cuando me olvidaba de comprar la sal? Y, si mal no recuerdo, el cambio que me habían robado los chicos de la calle de arriba eran, por Dios, madre, ¡seis o siete céntimos!